RESUMEN COMPLETO

Imagina que un día se te acerca un anciano altísimo, con barba y una cruz de madera al cuello, y te cambia la vida. Pasas un año a su lado. Y una mañana desaparece. Sin dejar rastro. Ni el apartamento existe ya.

Eso le pasó a Og Mandino. Y de ahí nació uno de los libros de superación personal más queridos de los últimos cincuenta años.

Hoy te cuento El milagro más grande del mundo. Quédate hasta el final, porque la última escena te va a dejar con un nudo en la garganta.

Este libro tiene una idea muy sencilla: tú eres el milagro. No algo que esperas que ocurra, no una suerte que llega. Tú.

Og Mandino lo cuenta como novela corta, casi como una confesión. Hay un viejo trapero, un perro llamado Lázaro, copas de jerez y, en el centro, un documento de apenas unas páginas, el «Informe de Dios», que promete devolverte la vida a ti, que a lo mejor andas medio muerto por dentro sin saberlo.

Ahora, antes de entrar en la historia, déjame presentarte al hombre que la escribió.

Og Mandino nació en 1923 en Massachusetts, hijo de inmigrantes italianos. De niño soñaba con ser escritor, y su madre, que era su gran apoyo, le corregía los textos con cariño. Ella murió cuando él acababa de terminar el instituto, y ese golpe lo marcó para siempre. Entró en las Fuerzas Aéreas y fue bombardero en la Segunda Guerra Mundial. El libro lo cuenta: voló en el grupo B-24 del actor James Stewart.

Después vinieron los años duros. Mandino cayó en la bebida y llegó a tocar fondo. Lo sacó de ahí el empresario Clement Stone, que años más tarde lo puso al frente de la revista Success Unlimited. En 1968 publicó El vendedor más grande del mundo, un libro que tardó en despegar y acabó vendiendo millones de ejemplares.

¿Ves por qué importa esto? Porque el Og del libro, ese hombre cansado, exitoso por fuera y vacío por dentro, es él mismo. No escribe sobre resucitar desde una torre de marfil. Lo escribe alguien que ya estuvo en el vertedero.

Murió en 1996, pero sus libros siguen circulando de mano en mano. Vamos con la historia.

CAPÍTULO 1: EL VIEJO DE LA NIEVE

Chicago, una ventisca brutal, veintiséis pulgadas de nieve. Og llega al aparcamiento de su oficina arrastrándose con el coche y ve una escena absurda: un anciano alto,

con un abrigo largo hasta los tobillos, dando de comer a las palomas bajo la tormenta. Con un sabueso atado a la muñeca.

La barrera del aparcamiento se atasca. Og pierde la paciencia, maldice el viaje, duda hasta de sus propios discursos sobre la perseverancia. Entonces el viejo se ofrece: sostendrá la barra con los brazos para que pase el coche. Cita a Carlyle, así, en mitad de la nieve.

Og pasa. Y cuando se da la vuelta para dar las gracias, el hombre ya no está. Lo único que le queda es una imagen que no se le va de la cabeza: aquel hombre de pelo largo con los brazos en alto, sosteniendo una viga, como un condenado camino del Gólgota.

CAPÍTULO 2: SIMON POTTER Y LOS LIBROS DE LA MANO DE DIOS

Meses después, un viernes eterno de primavera, Og sale agotado de la oficina y se lo encuentra. Se llama Simon Potter, y el perro es Lázaro, «porque duerme tanto que nunca sé si está vivo o muerto».

Lo invita a un jerez en su apartamento. Y ahí Og descubre cientos de libros apilados hasta el techo. Simon los llama «los libros de la mano de Dios». Cree que ciertas obras no las escribieron del todo sus autores, sino que Dios las usó como mensajeros.

Y entonces suelta la idea que sostiene todo el libro. Define el milagro como algo que suspende una ley natural y le demuestra a Og que acaba de hacer uno al atrapar un pisapapeles en el aire. Después pregunta cuál sería el mayor milagro posible. Volver de la muerte. Y dice que la mayoría de la gente ya está muerta: ha perdido sus sueños, sus ganas, su dignidad. Muertos que caminan. Pero pueden resucitar. Ese es el milagro más grande del mundo.

Simon se define a sí mismo como trapero: no recoge trapos, recoge personas que otros dieron por perdidas.

CAPÍTULO 3: LAS COINCIDENCIAS QUE DAN ESCALOFRÍOS

Og le regala su libro, El vendedor más grande del mundo. Y cuando Simon le cuenta su pasado, a Og se le hiela la sangre.

Simon fue el dueño de la mayor empresa de importación y exportación de Alemania, con sede en Damasco. Og lo interrumpe antes de que termine la frase: «¿En Damasco?». Tenía diez sucursales. Vendía justo lo que vendía Hafid, el protagonista del libro de Og. Y ahí no acaba: perdió a su mujer y a su hijo en Dachau. Su mujer se llamaba Lisha.

Og abre su libro en la página catorce y le enseña el nombre que había puesto a la esposa de Hafid. Simon lo lee, aprieta la página contra su barba y repite, una y otra vez: «Lisha... Lisha... Lisha».

CAPÍTULO 4: UN COMUNICADO DE DIOS

Og vuelve de Nueva York con una noticia enorme: una editorial de bolsillo compra los derechos de su libro por trescientos cincuenta mil dólares. Cuenta que antes de la reunión entró en una iglesia, rezó y lloró sin poder parar.

Simon le revela su método. En trece años ayudó a cien personas, y aprendió a base de errores. Escribió cuatro leyes del éxito y la felicidad y las convirtió en un documento, el «Informe de Dios», con formato de comunicado de oficina. Simon lo defiende con humor: si Dios hablara hoy por escrito, ¿cómo lo haría? ¿No sería con un comunicado?

La condición es leerlo cada noche, durante cien noches, antes de dormir, para que el mensaje se filtre en la mente mientras descansas. Quedan cien copias numeradas, todas entregadas. Y ahora Simon quiere pasarle el original a Og, para que lo multiplique por el mundo. Pero con una condición: primero tiene que aplicarlo a su propia vida.

CAPÍTULO 5: UNA UNIVERSIDAD DE UN SOLO ALUMNO

Durante cinco meses, Og se sienta a los pies de Simon como en una universidad privada. Aprende sobre la mente como un jardín: lo que plantas, brota. Sobre quemar las naves, como Alejandro Magno. Sobre abandonar el trabajo que te hace miserable. Sobre cómo la mayoría se rinde demasiado pronto.

Simon también explica por qué estamos tan hundidos. Según él, la dignidad humana recibió tres golpes: Copérnico nos sacó del centro del universo, Darwin nos bajó del pedestal y Freud nos dijo que ni siquiera controlamos lo que hacemos. Resultado: dejamos de creernos especiales y empezamos a tratarnos como residuo.

Y aun así, dice Simon, queda una llama pequeña en cada persona. Cuando todo parece oscuro, no hace falta una gran hoguera. Si cada uno enciende una vela, la noche más negra se vuelve día.

CAPÍTULO 6: EL GERANIO DE CRISTAL

El 13 de noviembre es el cumpleaños setenta y nueve de Simon. Og recuerda la fecha y pasa dos sábados buscando un regalo. Encuentra un geranio de vidrio, tan real que solo al tocarlo notas que no es una planta.

Simon lleva años intentando que florezca un geranio en su ventana, y se le mueren todos por la contaminación. Al ver el regalo llora, desenvuelve el papel con una

ilusión de niño y confiesa que es su primer regalo de cumpleaños en treinta y cinco años. Entre los dos lo «plantan» en la maceta de la ventana. Un geranio que nunca se va a morir.

Esa misma noche, Og le dice que está listo para recibir el Informe. Simon duda un instante, casi imperceptible. «Pronto», le responde. «Muy pronto.»

CAPÍTULO 7: EL SOBRE Y EL VACÍO

Og vuelve de un viaje de promoción y encuentra un sobre grueso en su escritorio. En una esquina: «Un regalo de despedida de parte de un viejo trapero». Los sellos ni siquiera están cancelados.

Corre al apartamento. Le abre una mujer con rulos en el pelo y un niño en brazos que jura vivir ahí desde hace cuatro años. Nadie ha oído hablar de Simon Potter. El portero tampoco, lleva once años en el edificio. La policía, el hospital, la morgue: nada. Hasta la secretaria de Og, Pat, nunca vio a ningún anciano con un perro sabueso.

Og llega a dudar de su propia cordura. Lo único que le queda es el sobre.

CAPÍTULO 8: LA CARTA DE DESPEDIDA

Dentro del sobre hay una carta, unas hojas grapadas y un alfiler de seguridad con un trozo de tela blanca. Simon le pide que no sufra, porque «a donde voy no puede seguirme ahora, pero algún día lo hará».

Las instrucciones son cuatro. Marcar en el calendario el día uno y el día cien. Llevar el alfiler con la tela a la vista, como recordatorio. No explicar jamás su significado durante los cien días. Y leer el Informe cada noche antes de dormir, sin excusas.

Al terminar, Og debe buscar a alguien que lo necesite y darle dos cosas: el amuleto y el Informe. Y una tercera: amor.

Og se prende el alfiler en la solapa, marca el calendario y llora con la frente apoyada en el escritorio.

CAPÍTULO 9: EL INFORME DE DIOS

Este capítulo es el corazón del libro. Dios habla en primera persona y le dice al lector: te oigo llorar. Lloras por tus sueños de niño, por tu dignidad, por tu talento desperdiciado. Y te revela el secreto que te susurró al nacer: eres el milagro más grande del mundo.

Y entonces te manda a hacer inventario. ¿Ciego? ¿Sordo? ¿Mudo? ¿Paralítico? ¿Sin corazón, sin piel, sin cerebro? Cuenta lo que tienes y verás que eres rico.

De ahí salen las cuatro leyes:

Cuenta tus dones. Ya tienes todo lo necesario para empezar.

Proclama tu individualidad. Entre todos los seres humanos que han existido, no hay ni habrá otro igual que tú. No imites a nadie.

Camina otro kilómetro. Haz más y mejor de lo que se espera de ti. Lo que hoy no se paga, mañana vuelve multiplicado.

Usa sabiamente tu poder de elección. Elige amar en lugar de odiar, crear en lugar de destruir, perseverar en lugar de rendirte, vivir en lugar de morir.

Y una última regla que envuelve a todas: hazlo todo con amor. Por ti, por los demás y por Dios.

CAPÍTULO 10: LA ÚLTIMA ESCENA

Fiesta de Navidad en la oficina. Og aguanta como puede, y cuando todos se van, se queda solo con una copa de vino y la imagen de Simon en la cabeza. Llama a su editor, Fred Fell, y le dice que va a escribir un libro nuevo: El milagro más grande del mundo. No cuenta de qué trata. Solo sabe que tiene que escribirlo.

Sale a la nieve, siente el vacío de la ausencia y le habla al viento: «Le extraño mucho». Acciona la barrera del aparcamiento, pasa con el coche, y los faros iluminan la ventana oscura del segundo piso.

Ahí, entre los copos, hay una planta. Un geranio rojo. El de cristal.

Pocos libros caben en una sentada y te dejan tanto en las manos. El milagro de la vida no es que todo se solucione por arte de magia, sino descubrir que ya albergas la fuerza para transformarlo todo; el verdadero poder reside en tu elección.